Elena Fortún

Celia, lo que dice

Prólogo de Carmen Martín Gaite
Dibujos de Molina Gallent

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1992
Tercera edición: 2014
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Herederos de Encarnación Aragoneses
© del prólogo: Ana de los Prados, S. L.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8967-8
Depósito legal: M. 15.940-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 *Pesquisa tardía sobre Elena Fortún,* por Carmen Martín Gaite

Celia, lo que dice
57 Noche de Reyes
62 El día de San Antón
67 Miss Nelly
71 Mamá se va
74 La Cenicienta
78 Promesas sin cumplir
83 En casa de María Teresa
88 La carabela *Santa María*
93 El museo del negro
98 En busca de la madrina
104 El modelo de París
108 ¿Es pecado mentir?
113 Corte de pelo
118 El aeroplano pequeñito
124 Los planes de Antoñito
131 El milagro
136 ¡Mamá es un hada!
141 *Dalila*
146 La perfecta Florita
152 ¡Ha llegado el niño!
157 El centro de la Tierra
162 El baño y el bañero

166 Doña Benita
171 Una tarde en la visita
177 Los cachorros de *Dalila*
181 La noche en el jardín
187 El abuelo de Carlotica
193 La compra de la ermita
199 El duende
205 Me pongo a servir
211 Encerrados
217 El pobre *Domingo*
222 En casa de tía Julia
228 El colegio francés
234 El hada en el sotabanco
240 El cuento chino
246 En el teatro
252 El día de mi santo
259 Maimón, el morito
264 El peso de Baby
269 *Alfredo,* el pájaro bueno
275 El borriquillo
281 Los tres regalos
287 ¡¡Adiós!!

Pesquisa tardía sobre Elena Fortún

Muchos de los niños españoles nacidos antes de la Guerra Civil, que crecimos acompañados por Celia y su hermano Cuchifritín, al ver años más tarde que también nuestros hijos disfrutaban con el relato de sus andanzas, nos quedábamos en blanco si se les ocurría preguntarnos quién fue o dónde estaba ahora esa Elena Fortún que escribió unos cuentos tan preciosos. Yo también se lo había preguntado a mi padre al principio de los años cuarenta, cuando empezaron a dejarse de publicar en la editorial Aguilar títulos de la serie. ¿Qué había pasado? Y él se encogió de hombros. «No sé –dijo–, supongo que le pillaría en zona republicana (mi padre nunca decía «zona roja») y se habrá exiliado, como han tenido que hacer muchos escritores.» Así era, en efecto, según supe hace relativamente poco, cuando Elena Fortún, que me había hecho pasar ratos tan deliciosos en la infancia, ya se había muerto. La Guerra Civil, que quebró el hilo de tantas historias, había marcado a

fuego la de esta señora e interrumpido, como consecuencia, las que nos contaba sobre Celia y su hermano.

Las aventuras y desventuras (en el colegio, en casa y durante las vacaciones) de aquella niña rubia, preguntona e intrépida, nacida en Madrid poco antes de la República, fueron apareciendo compendiadas en sucesivos volúmenes de la editorial Aguilar a lo largo de los años treinta, y tuvieron un éxito fulminante. A medida que Celia crecía, le iba dejando sitio y voz a su hermano Cuchifritín, que la imitaba un poco, aunque nunca le fue a la zaga en ingenio. Y todos los niños de la época esperábamos con avidez nuevas noticias de los desplazamientos, vicisitudes, amistades y fantasías de los populares hermanos Gálvez, siempre empeñados en arreglar el mundo.

Aquellos libros cuadrados de tapa dura, ilustrados primero por Molina Gallent y luego por Serny, cuya primera edición constituye hoy una rareza bibliográfica, circulaban por todas las casas sobados, releídos, desencuadernados, a veces con calcomanías pegadas en la primera página y las ilustraciones coloreadas con lápices Faber. No habían nacido con vocación de vitrina. Son los volúmenes que años más tarde entregamos a nuestros hijos para que los acabaran de romper con salud, que es en lo que consiste el verdadero disfrute de las cosas. Celia y Cuchifritín se salían del libro para jugar con nosotros a cosas prohibidas en nuestros cuartos «de atrás», entre tinteros destapados, revoltijo de juguetes, cuadernos de dibujo y libros de texto; nos escondíamos debajo de las mesas y de las camas cuando oíamos por el pasillo pisadas enérgicas de las personas mayores y cuchicheábamos hablando mal de ellas, comentando lo que se aburrían y

también aquella manía suya de mandar y de explicar las cosas con palabras que nunca se entienden. Y era Celia la que iniciaba la protesta y sugería explicaciones alternativas de la realidad, gracias a las cuales se revelaba que las cosas no siempre son lo que parecen.

Su conversión casi inmediata en amiga de carne y hueso fue para mí un fenómeno tan natural y absorbente que distrajo mi atención de aquel otro nombre de mujer que figuraba junto al suyo y se volvía, por contraste, un tanto irreal, ya que aceptar la existencia de Elena Fortún equivalía a poner en tela de juicio la de Celia y admitir que era un invento de aquella señora. La cual, dicho sea de paso, también tenía algo de invento, porque se camuflaba bajo un pseudónimo. Pero eso, que me hubiera parecido muy emocionante por estar relacionado con el mundo de los disfraces, yo entonces no lo sabía.

Todo lo que he sabido acerca de Elena Fortún –y que trataré de resumir a continuación– lo he aprendido cuando ya se me había apagado un poco la curiosidad por enterarme, a destiempo. Aunque no sé si soy exacta al decir tal cosa. Tal vez precisamente ahora, cuando la desintegración del mito de Celia es simplemente otra cuenta perdida de un collar donde ya faltan tantas, sea el momento más idóneo para tratar de recuperarlas todas y enhebrarlas mediante el hilo de la literatura. A la niña que yo fui no le importaba nada de Elena Fortún, pero a la mujer que soy ahora nada puede gustarle tanto como seguirle el rastro a aquella escritora que sin duda llevaba una niña dentro y me la regaló para que jugara con ella.

* * *

Elena Fortún, cuyo verdadero nombre era Encarnación Aragoneses Urquijo, nació en Madrid el 17 de noviembre de 1886, de madre vasca y padre oriundo de Segovia. En esta vieja ciudad castellana situaría la escritora, años más tarde, la residencia del abuelo materno de Celia, en dos de los títulos más logrados de la serie *(Cuchifritín en casa de su abuelo* y *Celia madrecita),* que aportan el contraste, literalmente interesantísimo, del mundo provinciano frente al de la capital en los albores de la Guerra Civil.

Encarna, que no tuvo hermanos, conservó toda la vida una encendida nostalgia por la tierra de sus abuelos paternos –dedicados a la agricultura–, y habría querido ser enterrada en Ortigosa del Monte, un pueblo cercano a Segovia donde veraneaba de niña. Tal vez de estos veranos de adolescencia arranque la amistad con su primo Eusebio Gorbea, cinco años mayor que ella y con el que se casó siendo aún muy joven, en 1906.

Eusebio Gorbea, militar de carrera, llegó a alcanzar en los años treinta la graduación de comandante de Infantería. Durante la campaña de África, a la que asistió con el grado de teniente, fue herido en la famosa catástrofe del Barranco del Lobo, el 27 de julio de 1909. Pero su verdadera vocación era la literatura, que cultivó constantemente, sobre todo en su modalidad teatral. A excepción de unas crónicas sobre la guerra de África publicadas en *El Liberal,* nunca se ocupó de temas militares. Aunque con los años y las penurias del exilio se convertiría en un maniaco depresivo, en esta época de juventud parece que era un hombre extrovertido, de trato encantador y dispuesto a apuntarse siempre a empeños de poco rendi-

miento práctico. Un perpetuo *amateur*[1]. Todo hace sospechar que su carrera le interesaba poco y que donde se encontraba como el pez en el agua era en el mundo de la farándula. De hecho, no se limitó a escribir para el teatro, sino que su afición lo arrastró a interpretar algún papel en grupos minoritarios como «El cántaro roto», fundado por Valle-Inclán, «El mirlo blanco» en casa de Ricardo Baroja o «El caracol», dirigido por Cipriano Rivas Cherif[2]. Se movía, pues, en círculos literarios de calidad y, aunque hoy nadie se acuerde del santo de su nombre, llegó a ser un escritor reconocido en su época. En 1929, su obra *Los que no perdonan* fue laureada con el premio Fastenrath de la Real Academia Española, que obtenía por primera vez un autor dramático. Y a pesar de que más o menos desde entonces su mujer empezó a publicar con éxito las historias de Celia y Cuchifritín, el

1. En la primavera de 1928, Gregorio Martínez Sierra le puso en su libro *Granada, guía emocional,* la siguiente dedicatoria: «Para Eusebio Gorbea, capitán general en el ejército de los soñadores».
2. Rivas Cherif, apasionado renovador de la escena española, puso en «El caracol» obras de Valle-Inclán, Max Aub, Goldoni, Molière, García Lorca, Andreiev y el propio Gorbea. Entre los actores no profesionales que componían el grupo, se encontraban, además de Gorbea, los hermanos Lluch, Magda Donato y Salvador Bartolozzi. Estos intentos innovadores de «El caracol», que se llevaron a cabo en la Sala Rex (un sótano de la calle Mayor, 8), chocaron con la censura de Martínez Anido, ministro de Primo de Rivera, quien acabó cerrando el local en febrero de 1929, para prohibir la representación del *Don Perlimplín* de García Lorca. Hay quien dice que esta clausura tuvo que ver con el hecho –interpretado como un ultraje al ejército– de que el papel de don Perlimplín se le hubiera adjudicado a un militar: el comandante Eusebio Gorbea [véase *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín,* Margarita Ucelay (ed.), Madrid, Cátedra, 1990, p. 140 y ss.].

«intelectual» siguió siendo siempre él, y Encarna se plegó, aparentemente de buen grado, a esta distribución de papeles. Lo suyo –decía– era como pintar abanicos. (Ya veremos luego que otras mujeres de la época, incluso más ilustradas y con títulos académicos, se prestaron a desempeñar una figura secundaria y fomentaron su propia infravaloración. El caso más llamativo es el de María Lejárraga, verdadera autora de las obras que firmaba su marido Gregorio Martínez Sierra. En seguida hablaremos de ella, porque su amistad fue fundamental para la conversión de Encarna en escritora.)

Del matrimonio Gorbea-Aragoneses, que al principio se desplazó a diferentes provincias españolas a causa de la carrera militar del marido, nacieron dos hijos varones, en 1908 y 1909 respectivamente. El primero, Luis, se casaría joven con una señorita suiza, a quien conoció en Lausanne y con la que no tuvo hijos[3]. El segundo, a quien apodaban Bolín, murió en 1920 con diez años.

Su bondad, inocencia y alegría son ensalzadas en la larga dedicatoria con que su padre encabezó en 1922 la arbitraria e indigesta novela *Los mil años de Elena Fortún,* de cuya protagonista-narradora tomó Encarna Aragoneses más tarde el pseudónimo que la iría haciendo progresivamente famosa, mientras el libro de Gorbea caía en un explicable olvido. Se trata de una combinación malo-

3. Ana María de Gorbea, ya viuda y que hoy vive en Norteamérica, es la única heredera de los derechos de autor de su suegra, y a ella se deben muchos de los informes que he recogido para este trabajo, a través de conversaciones que he mantenido con José Luis Borau, con motivo de la serie televisiva que él ha dirigido sobre los cuentos de Celia, y en cuyos guiones colaboré.

grada entre el género histórico y el fantástico, donde aquella inicial Elena Fortún divaga a la buena de Dios sobre episodios de la conquista de Madrid y va sirviendo de hilo conductor a un relato que no conduce a nada. (Hace unos veinte años, cuando no tenía yo ni idea de todo esto que estoy contando, encontré este libro, editado por Calleja, en un puesto de la Cuesta de Moyano y lo compré inmediatamente, atraída por su título y creyendo que me daría pistas sobre mi querida autora. Mi decepción y desconcierto fueron absolutos, como es natural; y además el estilo me pareció insoportable.) No sé lo que pensaría la esposa del autor, que por entonces no había publicado nada todavía, pero es evidente que no le tentó copiar la pesadez de esos «mil años». Se limitó, con muy buen acuerdo, a retener el nombre de aquella criatura de ficción para hacerlo suyo más tarde. Si se le ocurrió como homenaje al talento literario de su marido, estaba lejos de imaginar que era ella, al tomar semejante préstamo, quien lo ponía a rentar y le daba realce.

De todas maneras, las relaciones matrimoniales de Encarna no parece que siempre fueran idílicas. Margarita Ucelay, cuyos padres eran muy amigos de los Gorbea, recuerda que durante algún período (que no puede precisar con exactitud, aunque lo sitúa en los años veinte) aquella señora cogió los bártulos y se fue a vivir con una amiga, porque no aguantaba la vida conyugal, decisión que se comentó como «una campanada». Lo que parece evidente, en cambio, es que Eusebio Gorbea, relacionado con tantos escritores y artistas de la época, fue quien introdujo a su mujer en estos círculos y orientó sus aficiones literarias, porque ella no tenía estudios. Hay

quien dice que más tarde la ayudó a limar algunas incorrecciones de un estilo con exagerada tendencia a la espontaneidad, y también que en la pasión por los diálogos, patente en toda la producción de nuestra autora, puede verse la huella de su convivencia con un enamorado del teatro. Sea como fuere, la incorporación de Encarna Aragoneses al mundo de las letras responde a un proceso de incubación lento y soterrado. Ni fue una escritora precoz, ni el espaldarazo para decidirse a serlo se lo dio precisamente su marido.

Hay que avanzar unos años más en su biografía para conocer a quienes habían de espolear su vocación de forma más directa y entusiasta.

* * *

Pero antes de seguir adelante con esta pequeña historia, conviene hacer un alto para situarla en el marco de otra más amplia y compleja: la historia de la trabajosa ruptura con los presupuestos educativos tradicionales que en España se habían venido aceptando pasivamente hasta el último cuarto de siglo XIX, cuando Francisco Giner de los Ríos abrió brecha en el inmovilismo pedagógico, creando la Institución Libre de Enseñanza en octubre de 1876. (Exactamente diez años antes de que naciera Elena Fortún.)

De momento, baste con retener esta fecha y con recordar algo tan sabio como que los hijos y nietos de los institucionistas habían de jugar un importante papel como reformadores de la España contemporánea. Que buena falta hacía, porque a principios de siglo el 70 por ciento

de la población española seguía siendo analfabeta. La lucha por la escolarización como primer hito para la regeneración de España es el lema de hombres como Mallada, Costa o Picavea, cuyas ansias por sanear el país (por «regenerarlo») surgieron como reacción ante la crisis política y económica que acarreó el desastre del 98. En los albores del nuevo siglo, el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (creado en abril de 1900) se iba a hacer eco de esta corriente, alentando una serie de innovaciones en progresivo conflicto, a medida que avanzaba el siglo, con la mentalidad tradicional. Temas como el de la enseñanza no religiosa o el de la instrucción pública de las mujeres serían, a partir de entonces, centro de encendidas polémicas. Las cuales –no conviene olvidarlo– contribuyeron a acentuar la famosa escisión entre «las dos Españas» que había de desembocar en la Guerra Civil. Una maestra nacional, amiga dilecta de Elena Fortún y militante socialista, se quejaba así desde el exilio en 1949:

> ¿Por dónde andará hoy el analfabetismo en España? No lo quiero ni pensar, y no puedo dejar de pensar en ello. Después de tres años de Guerra Civil, después de diez largos de Dictadura militar... ¿cuántos niños habrán vuelto a vagar por las calles de nuestras ciudades y aldeas sin hallar quien les parta el pan de la doctrina? [4].

La «generación de 1914», aglutinada en torno a José Ortega y Gasset (tres años mayor que nuestra autora), tie-

4. María Martínez Sierra: *Una mujer por caminos de España,* Madrid, Castalia, 1989, p. 66.

ne como principales plataformas de expresión la tribuna del Ateneo y el periódico *El Sol,* fundado en 1917. Este grupo generacional, al que pertenecen de lleno Eusebio Gorbea y su mujer, cuenta entre sus nombres más ilustres con los de Pablo de Azcárate, Ramiro y María de Maeztu, Manuel Azaña, Luis Araquistáin, Margarita Nelken, Américo Castro, Gregorio Marañón, Victoria Kent, Fernando de los Ríos, María y Gregorio Martínez Sierra, los Machado, Ramón Pérez de Ayala, etc. A raíz de la Primera Guerra Mundial, estos hombres y mujeres, imbuidos de un cierto espíritu de *élite* muy orteguiano, inician una búsqueda de la modernidad, tomando como modelo a Europa, y su empeño primordial es el de encontrar soluciones para el retraso educativo de nuestro país. Como apuntó Cossío, «es una época saturada de pedagogía».

En mayo de 1918 se crea el Instituto Escuela, experiencia singular que recogía la semilla de la Institución Libre de Enseñanza y gracias a cuyas iniciativas, la educación doctrinal y rutinaria se puso en tela de juicio y fue dando paso a métodos de aprendizaje que incluían la participación de los alumnos y tendían a desterrar la noción de sacrificio, sustituyéndola por la de diversión.

Desde el mismo momento de su fundación tuvo un protagonismo especial en este centro una destacada pedagoga española, que ya en 1915 había fundado (bajo el Patronato de la Junta para Ampliación de Estudios) el primer centro oficial de España para mujeres universitarias, la Residencia de Señoritas, ridiculizada por sus detractores como «internado exótico». Discípula de Unamuno y Ortega, asistente a diversos congresos sobre educación en Europa y Norteamérica, aquella exótica

pionera, hija de padre vasco y madre inglesa, se llamaba María de Maeztu Whitney. Un diplomático chileno, que la conoció por entonces, nos ha dejado de ella el siguiente apunte:

> Rubia, menuda, vibrante, se expresa con una locuacidad tal que a veces resulta casi imposible seguirla..., por la cantidad de cosas que hilvana en un breve período de tiempo. Es una tarabilla, pero llena de criterio y buen sentido. Sin el menor aspecto varonil, no tiene, sin embargo, tiempo para ser femenina. Viste de cualquier manera y es inexistente en ella todo espíritu de conquista[5].

Si me he detenido con cierto pormenor en el perfil de María de Maeztu, es por lo representativo que resulta de un tipo de mujer poco común hasta entonces, tratando de imponerse a los hombres y de buscar un lugar entre ellos, sin empuñar las armas de la coquetería ni de las lágrimas, la «mujer del porvenir» a que había aludido Concepción Arenal, piedra inevitable de escándalo y pasto para una polémica que había de ir en aumento hasta el final de la Guerra Civil española: la que enfrentaba cualquier conato de reivindicación femenina con la actitud pasiva, conformista y mucho más arraigada de las esposas, madres, hijas y abuelas tradicionales, imbuidas de espíritu de sacrificio y abnegación[6].

5. Carlos Morla Lynch: *En España con Federico García Lorca,* Madrid, Aguilar, 1957, p. 93.
6. Durante la República quedó de manifiesto que la mujer conservadora seguía siendo difícil de descastar. El voto femenino conseguido en 1931 fue una conquista más aparente que real de Victoria Kent

Consciente María de Maeztu de que era a estas mujeres sin estudios y que vivían al margen de toda actividad colectiva a las que más falta hacía sacudir de su letargo, consideró preciso establecer otro lugar de reunión no tan exótico ni afín a sí misma como el que daba albergue en la Residencia de Señoritas a unas chicas que ya iban a parar allí porque compartían de antemano sus inquietudes renovadoras. Urgía la creación de un club femenino no universitario, como los que abundaban en Italia, Suiza, París, Berlín o Londres, y que algunas señoras extranjeras echaban en falta al llegar a Madrid. Un sitio de tertulia más corriente, que no despertara recelos, a poder ser. Que de eso se trataba.

En un texto de 1921, donde se intenta desactivar y hacer más atractivo e inocuo ante los reticentes este afán de las mujeres modernas por reunirse fuera de sus hogares, se propone el modelo norteamericano «claro, burgués, práctico y transparente», al que podría llamarse «feminismo de las amas de casa». Invocando este tranquilizador apelativo, se doraba la píldora de un discurso defensor de aquellas mujeres insatisfechas y ya no tan jóvenes que

> [...] después de cumplimentados sus deberes y educados sus hijos, reglamentada en perfecta ordenación la rutina del arreglo doméstico, cumplidos ya o a punto de cumplirse los cuarenta años, curadas de amor, se encontraron ya no tan bonitas pero sí tan sanas y tan fuertes como a los veinte, con

(véase Carmen Martín Gaite: *Usos amorosos de la postguerra española,* Barcelona, Anagrama, 1987, p. 53).

> el entendimiento más abierto y el corazón más generoso, y no quisieron resignarse a retirarse a un rincón de la vida como trastos inútiles [...] Estas mujeres «maduras» comprendieron que si para los hombres no es desgracia haber llegado a la madurez, no debiera serlo tampoco para ellas[7].

A mí no hay quien me quite de la cabeza que en este texto (perteneciente a un libro muy divulgado en la época), donde se da una de cal y otra de arena, está el embrión del proyecto que le andaba rondando a María de Maeztu, fiel trasunto, enunciado en castellano, de aquellos clubs europeos y americanos que ella había conocido, propicios para fomentar el intercambio de ideas, encauzar actividades de tipo artístico y literario o simplemente dar a algunas amas de casa, hartas de encierro, ocasión para cambiar de decorado y conocer a nuevas amigas, con las cuales charlar, tomar el té y jugar a las cartas[8].

Así surgió en 1926, bajo la presidencia de la infatigable María de Maeztu, el «Lyceum Club femenino», que se puso de moda en seguida, y donde muchas madrileñas de la burguesía ilustrada (generalmente casadas y ya no tan jóvenes) encontraron un respiro a sus agobios familiares y una ventana abierta para rebasar el ámbito de lo doméstico. Lo de «mujer honrada, la pierna quebrada» empezaba a ser una antigualla y ha-

7. Gregorio Martínez Sierra: *Cartas a las mujeres de España,* Madrid, Saturnino Calleja, 1921, p. 14.
8. Véase también, como posible apoyo del proyecto: Gregorio Martínez Sierra: *Feminismo, feminidad, españolismo,* Madrid, Saturnino Calleja, 1920, p. 196 y ss.

bía que adaptarse al ritmo de los tiempos. Sin embargo, estas reuniones en el Lyceum, que tanto eco hallaron en quienes estaban rabiando por buscar esparcimiento fuera de las cuatro paredes de su casa, siguieron significando para mucha gente –como veremos en seguida– más que un inocuo pasatiempo, «una inquietante novedad», contra la que sólo cabía luchar ridiculizándola.

En el capítulo «Promesas sin cumplir», de *Celia, lo que dice,* la niña entra en el cuarto de su madre, que se está arreglando para salir, y le pide que le tome la lección. Ella sigue puliéndose las uñas distraída y sin hacerle caso, mientras Celia, de pie y con las manos a la espalda, la mira con envidia. Hay un tiesto con un cactus sobre la mesita *art-déco*. Copio parte del breve diálogo entre la madre y la hija:

> –[...] ¡Ea, vete a tu cuarto a estudiar, que tengo mucho que hacer!
>
> –¿Qué tienes que hacer?
>
> –Muchas cosas. Tomar la cuenta a la cocinera, escribir dos o tres cartas y salir a las seis a tomar el té con mis amigas del Lyceum.

Celia, a pesar de lo preguntona que es, no hace comentario alguno sobre ese nombre flotante y misterioso, el Lyceum, que nunca más se vuelve a pronunciar. Yo, que me sé casi de memoria lo que se dice en *Celia, lo que dice,* había pasado muchas veces por esta conversación entre la madre impaciente y la niña que no entiende su lección de historia, pero me había quedado tan *in albis* como

Celia sobre la identidad de ese sitio raro adonde se escapaba su madre por las tardes a tomar el té, y que sonaba a latín, aunque fuera tan moderno.

En cambio, la autora del diálogo citado conocía de sobra –por haberlo frecuentado muchísimo– aquel local que queda mencionado de pasada y como en clave, un paraíso para madres cansadas del que, naturalmente, estaban excluidos los niños. Porque una de las socias más asiduas y hasta «viciosas» del Lyceum Club, a lo largo de los trece años en que permaneció abierto, fue Encarnación Aragoneses Urquijo, señora de Gorbea. Allí se convirtió en Elena Fortún. Comoquiera que estos años (desde 1926 hasta la toma de Madrid por las tropas del general Franco) son fundamentales para situar la labor de nuestra escritora y entender su proceso de transformación, es preciso hablar un poco de este importante nido del feminismo español, de las polémicas que originó y de las personas que lo frecuentaron.

El Lyceum Club se montó sin ayuda oficial, y en sus estatutos se declaraba que era una asociación ajena a toda tendencia política o religiosa. Antes de cumplirse un año de su inauguración, ya había dado pie a virulentos ataques por parte de las «señoras de toda la vida», a quienes no cabía en la cabeza que una agrupación femenina no estuviera patrocinada ni bendecida por personal de sotana. El director espiritual de las «Hijas de María» comentaba con escándalo que en la biblioteca del Lyceum pudiera leerse tanto el Corán como el Ripalda; y llegó a poner a aquellas señoras en la disyuntiva de darse de baja en el Lyceum o devolver la medalla de la congrega-

ción. No se podía ser al mismo tiempo hija de María y amiga de María de Maeztu[9].

Esto provocó una cierta ola de malestar que, si bien por una parte pudo servir de acicate a quienes veían aquel proyecto como algo original y atractivo, también obligaba a andar con pies de plomo a sus organizadoras y ponía de relieve sus más íntimas contradicciones. Porque la mayoría de las «liceómanas» (como empezó a llamárselas con desdén) no tenían el menor interés en ser tachadas de ateas y mucho menos de desertoras de su hogar o sus obligaciones maternales. No conviene olvidar que el feminismo español estaba en mantillas y que en los libros donde tímidamente se abría camino esta doctrina se ponía un especial cuidado en exaltar al mismo tiempo la feminidad como el adorno más preciado de una española[10]. De hecho, uno de los prejuicios que había intentado desterrar el Lyceum Club era el paralelismo que tendía a establecerse entre las palabras «feminista» y «adefesio» o «mujer infecunda», es decir, la emancipación de la mujer concebida vulgarmente como

> [...] una doctrina desaforada, un sueño histérico de pobres solteronas feas, que desfogan la dolorosa ira de no haber encontrado puesto en la mesa del banquete del amor rompien-

9. Véase Antonina Rodrigo: *Mujeres de España (las silenciadas),* Madrid, Plaza y Janés, 1979, p. 134 y ss. También he recabado información muy valiosa sobre este centro de Margarita Ucelay y Fernando Baeza Martos.

10. Conviene revisar a este respecto toda la obra de Martínez Sierra, pero sobre todo, *Cartas a las mujeres de España,* Madrid, 1916, *Feminismo, feminidad, españolismo,* Madrid, 1917, y *La mujer moderna,* Madrid, 1920.

do cristales a pedradas y reclamando a gritos por las calles el derecho de votar como los hombres[11].

Pues bien, conocedora María de Maeztu de este extendido prejuicio, al que su propia personalidad podía prestar apoyo –no por fea, sino por soltera–, quiso ponerse en guardia contra él reclutando de preferencia entre señoras casadas a los miembros de su nueva asociación, lo cual no quiere decir que a las solteras se les negara el acceso.

Aparte de responder a la pauta de los clubs femeninos extranjeros que le habían servido como modelo, explotar la cantera de las esposas para nutrir las filas del Lyceum Club ofrecía varias ventajas con vista a su posibilidad de éxito. Aparte de que pudiera contribuir a ahuyentar el prejuicio mencionado (extremo este en que las esperanzas de María de Maeztu se vieron defraudadas), cabía esperar mayor capacidad de respuesta –que se produjo inmediatamente– por parte de quienes estaban más necesitadas que las solteras de recreo y autoafirmación. Pero había además otras razones de tipo económico que no pudieron escapar a la consideración de una persona tan inteligente y práctica como María de Maeztu.

Algunos nombres de las primeras liceómanas, entre las que se cuentan Carmen Monné de Baroja, María Martos de Baeza, Zenobia Camprubí de Jiménez, María Lejárraga de Martínez Sierra, María Goyri de Menéndez Pidal o Pura Maortua de Ucelay, nos revelan que María de

11. Gregorio Martínez Sierra: «Feminismo...», *Obras completas,* p. 16.